

contra el monarca aragonés, en la cual entraban el príncipe de Salerno, hijo del rey Carlos, el conde destituido de Módica Federico Mosca, y Gualtero de Calatagirona, siendo lo notable y lo extraño que este último había sido de los cuarenta firmantes de la carta de desafío de 30 de diciembre por la parte del rey de Aragon, y uno de los que solicitaron ser de los cien campeones escogidos para el combate de Burdeos. Tanta suele ser la mudanza de los hombres. El objeto de la conjuración era volver á entregar la soberanía de Sicilia al rey Carlos, y la insurrección estalló en nombre de Gualtero en el Val di Noto. Quiso el rey don Pedro dejar apagado el fuego de aquella rebelion antes de su venida á España, y encomendó esta empresa á su hijo don Jaime y al prudente y leal Alaymo de Lantini, el hombre de mas prestigio é influjo, y tambien el hombre de mas confianza que tenía el soberano aragonés en la isla. Condújose Alaymo con tal actividad y destreza, y tan mágico fué el efecto que en el pais produjo su nombre, que antes de salir el rey don Pedro de Trápani la sublevación quedó sofocada, reducidos á la obediencia los pueblos que se habían alzado, y presos los principales conspiradores. Mandó don Pedro condenar á muerte á estos últimos, y que se vigilára cuidadosamente á Gualtero, á quien el infante don Jaime, en premio de su sumision había puesto en libertad. Con esto, y como fuese ya el 11 de mayo, y faltáran solo veinte

dias para la liza de Burdeos, señalada para el 1.º de junio, dióse el rey de Aragon á la vela en el puerto de Trápani con una nave y cuatro galeras guiadas por el acreditado marino Ramon Marquet. Grandes peligros corrió la pequeña flota en esta navegacion, arrojándola los vientos unas veces á la costa de Africa, otras á las aguas de Menorca, manteniéndose siempre imperturbable el rey. Al fin los vientos cambiaron, y pudo la espedicion arribar despues de mil trabajos al Grao de Culleras. El 18 de mayo don Pedro III. de Aragon, conquistador de Sicilia, se hallaba en su ciudad de Valencia (1).

En este intermedio el papa Martin IV., el amigo de Carlos y de los franceses, no pudiendo sufrir en paciencia que el monarca aragonés se hubiera alzado con el reino de Sicilia, fulminaba excomuniones una tras otra contra el rey don Pedro, y haciéndole un largo capítulo de cargos, y no hallando en él acción que no fuese criminal desde el armamento y expedición á Berbería, calificando de pérfidas sus embajadas á Roma, atribuyéndole haber excitado á la rebelion á los de Palermo, llamando fraudulenta la ocupación de Sicilia, cuyo reino había dado la Iglesia al príncipe Carlos, y por último, perdonándole menos que nada él negar á la Santa Sede el feudo y home-

(1) Barthol. de Neocast.—Ni Desclot.—Ram. Muntaner.—Zuricola. Specjal.—Muratori.—Bernard. ta, etc.

nage que su abuelo el rey Pedro II. le habia reconocido, le declaraba, como á vasallo traidor y desal, depuesto y despojado del reino de Aragon (24 de marzo, 1283), excomulgadas las personas y entredichos y privados de los sacramentos de la Iglesia los pueblos que le obedeciesen, relevados sus súbditos del juramento de fidelidad, facultado todo príncipe cristiano para apoderarse de sus reinos, pero reservándose el derecho de disponer de ellos y darlos á quien bien le pareciese (1). En cuanto al desafio, no solo le reprobaba como contrario á los preceptos del Evangelio y prohibido á cualquier persona particular cuanto mas á los príncipes coronados que rigen y gobiernan los pueblos, sino que expidió letras apostólicas al mismo Carlos, inhibiéndole de concurrir al combate, y excomulgando á todos los que á él asistieran, mandando al poco tiempo al rey Eduardo de Inglaterra, bajo la misma pena de excomunion, que en manera alguna fuese el juez de la liza, ni guardase el campo, ni permitiese siquiera á ninguno de los combatientes entrar en territorio de Gascuña. En su virtud, y siendo por otra parte el rey de Inglaterra amigo de los dos príncipes, y llevando por lo tanto á mal aquel duelo, negóse abiertamente á presidir la lucha y á ser guardian del palanque, y así se lo co-

(1) Bula del papa Martin IV, abril, 1283. Rayn. Annal. ecles., (en rigor de Martin II), dada en Ortyeto el VII. de las Calendas de tomo 22.

municó por cartas y embajadas á Carlos de Anjou, á Pedro de Aragon, y hasta al príncipe de Salerno.

Mas ya en Aragon se habian alistado hasta ciento y cincuenta campeones que aspiraban á pelear con su rey en la liza, catalanes y aragoneses la mayor parte, pero en que habia tambien alemanes y sicilianos, y hasta un hijo del emperador de Marruecos que habia prometido hacerse cristiano si el rey de Aragon quedaba triunfante. En Francia se habian inscrito hasta trescientos caballeros, contándose entre los ciento primeros cuarenta provenzales y sesenta franceses, y el mismo rey de Francia Felipe el Atrevido quiso que constara su nombre entre los campeones de su tio Carlos de Anjou. Llegó éste á Burdeos el 25 de mayo é hizo construir á toda prisa un gran palenque, largo y estrecho, rodeado de gradas como un anfiteatro, con dos departamentos para los dos bandos enemigos, guarnecidos de empalizadas y de fosos, pero destinando para los de Aragon uno que conducia á un callejon sin salida, á los de Carlos el otro en que se hallaba la única puerta por donde todos habian de entrar. Esta circunstancia indujo la general sospecha y rumor de que los franceses tenian el proyecto de ocupar esta puerta por fuera y hacer una matanza en los aragoneses si salian victoriosos. Daba consistencia á esta voz alarmante el ver todos los caminos y cercanías de Burdeos militarmente ocupados por franceses, el aparato con que se presentó el rey de Fran-

cia, y las espresiones imprudentes y amenazadoras que no reparaban en proferir sus soldados (1).

Don Pedro de Aragon, que por cierto no era hombre que pecára ni de cobarde ni de incauto, noticioso de la sospechosa actitud de los franceses, y no queriendo, por una parte faltar á la liza y dar con ello ocasion á que se le murmurára de hombre sin corazon y sin palabra, mas tomando por otra las debidas precauciones para no ser victima de asechanzas desleales, ordenó á sus campeones que concurriesen diseminados á Burdeos para el dia señalado, y él con tres caballeros de su confianza se encaminó de Valencia á Tarazona, donde tuvo una rápida entrevista con el infante don Sancho de Castilla, que andaba entonces levantado y en guerra contra su padre. Desde alli envió secretamente á Gilabert de Cruyllas á preguntar al senescal de Eduardo de Inglaterra en Burdeos si le aseguraba el campo, y él prosiguió su camino de la manera siguiente. Concertóse bajo juramento de fidelidad y de reserva con un aragonés llamado Domingo de la Figuera, traficante en caballos y conecedor de todos los caminos y veredas de uno y otro lado del Pirineo, en que el rey y sus tres caba-

(1) Probado está esto con el testimonio de los autores menos sospechosos, uno de ellos el secretario mismo del papa Martin IV., escritor guelfo, y como tal nada favorable al rey de Aragon, que espresa todas las circunstancias que llevamos referidas. Saba Masp. contin. p. 399 y 400.—Y el monge Ptolomeo de Luca dice que el rey de Francia llegó á Burdeos con diez mil hombres. Romey cita sus propias palabras, en el t. VII. p. 215.

llos irian disfrazados y pobremente vestidos como si fuesen los criados y sirvientes del rico mercader. Llevaba el rey una vieja capa azul, una maleta comun á la grupa de su caballo, en la mano un venablo de caza, cota de malla debajo del vestido y un yelmo bajo el capuchon que le cubria la cabeza. En los alojamientos ó posadas Domingo de la Figuera, que se distinguia por la decencia de su trage, comia aparte, servido por sus criados, y principalmente por el rey. De esta manera, salvando todos los peligros llegaron el 31 de mayo á las puertas de Burdeos. Inmediatamente envió á Berenguer de Paratallada á la ciudad para que viesse á Gilabert de Cruyllas, y le encargase decir al senescal del rey de Inglaterra que un amigo suyo deseaba hablarle y le esperaba fuera de la ciudad. Acudió el senescal Juan de Greilly: acercándose á él don Pedro le dijo: «El rey de Aragon me envia secretamente á preguntaros si el rey de Inglaterra y vos en su nombre le aseguraréis el campo y podrá venir sin peligro.—Decid á vuestro rey, le contestó el senescal, que de ninguna manera; que habiendo el rey Eduardo rehusado ser juez del campo y protestado contra el duelo, ni él ni yo somos parte en este negocio, y mucho menos apoderadas como se hallan de Burdeos y su comarca las tropas francesas.—Pues al menos, replicó el supuesto enviado, ruégoos me hagais la merced de enseñarme el palenque.» Hizolo así el senescal, y tan luego como

llegaron al sitio, echando don Pedro su capuchon á la espalda: «Yo soy el mismo rey de Aragon, le dijo; conoçedme.» Asombrado Greilly le aconsejó que huiera, mas el aragonés no quiso hacerlo sin recorrer antes el palenque; dió una vuelta al área de la liza, é hizo que allí mismo se levantára acta firmada por el senescal y un notario para que constase que él habia cumplido su palabra y empeño de comparecer, y que si no se realizaba el combate la culpa no era suya sino de su competidor, que con sus alarmantes medidas habia faltado á las leyes del duelo. Con esto dejó al senescal sus armas en testimonio de haber concurrido personalmente, y partiendo otra vez camino de Bayona, regresó á España por Fuenterrabia.

Presentóse Cárlos al dia siguiente (4.º de junio, 1283) en la liza, y como viese que no comparecia el rey de Aragon, llamábale ya en alta voz traidor y cobarde: mas habiéndole presentado el senescal el acta de comparecimiento, descargó en él su furia mandándole prender, si bien tuvo que ponerle pronto en libertad por la conmocion que excitó en Burdeos el atentado. Centelleaba Cárlos de cólera al ver asi burlados todos sus designios; proclamaba que el rey de Aragon era «peor que los demonios del infierno.» y se vengó en despachar correos por todas partes pregonando injurias contra el monarca aragonés. Tal fué el dramático remate de aquel famoso duelo que tenia en expectativa á todas las naciones y príncipes

de Europa, y que de ningun modo hubiera podido ya ser legal, puesto que ademas del ostentoso aparato de tropas y de las sospechosas disposiciones con que se habia presentado uno de los contendientes, habiéndose negado el rey de Inglaterra á ser el mantenedor y juez del combate, faltaban todas las condiciones del convenio de 30 de diciembre; y el rey de Aragon, sobre no estar obligado á una lid sin las debidas y pactadas formalidades, obró muy cautamente en no fiarse en la lealtad de quien habia llevado al cadalso á Conradino (4).

Muy de otra manera y con mayor ventura corrian para el rey don Pedro de Aragon las cosas de Sicilia que las de su propio reino despues de su salida de Mesina y de su regreso de Burdeos. Allá el gobierno siciliano, compuesto de la reina doña Constanza, del infante don Jaime, de Alaymo de Lantini, Juan de Prócida, Roger de Lauria y Galcerán de Cartella, manejaba los negocios con admirable tacto y prudencia y con gran vigor y energía. El destronado rey Cárlos y su hijo el príncipe de Salerno aprestaban dos escuadras, en Marsella el uno, en Nicotera el otro, á intento de recóbrar la Sicilia, contando con una sublevacion que al propio tiempo habia de levantar en el pais aquel Gualtero de Calatagirona, el mismo que movió la rebelion primera, y que hecho prisionero y

(4) Desclot, cap. 404.—Plom. Luc. in Marc. Hispan.—Annal. d'Ital. t. VII.

puesto generosamente en libertad fué mandado vigilar por el rey don Pedro, conocedor de su carácter, al partir de Trápani para España. Con efecto, el inconstante y arrebatado Gualtero se anticipó á revolver las poblaciones de Val di Noto antes que llegasen las escuadras, y acudiendo con prontitud los gobernadores del rey de Aragon, á los pocos dias Gualtero y sus principales cómplices, cogidos con las armas en la mano, eran ejeutados en la plaza de San Julian por sentencia del gran Justicier Alaymo de Lantini. Frustrado aquel golpe, las escuadras de Marsella y Nicotera se dirigieron á atacar una pequeña flota del rey de Aragon que combatia el castillo de Malta, el cual se conservaba por Carlos de Anjou. La reina Constanza no se descuidó an enviar allá al almirante Roger de Lauria con veinte y una galeras catalanas y sicilianas. Dióse, pues, en las aguas de Malta uno de los combates navales mas sangrientos y terribles de aquel tiempo, pero merced á la serenidad y destreza del almirante Lauria y al arrojo de los catalanes, que al grito formidable de «*Aragon y á ellos!*» saltaron impetuosamente espada en mano sobre las naves enemigas, el triunfo de los de Aragon y Sicilia fué completo, aunque costoso: quinientos habian sido muertos ó heridos: de estos últimos lo fué el mismo almirante Lauria por el gefe de la escuadra provenzal Guillermo Cornuto, pero arrancándose el venablo con su propia mano le arrojó sobre su rival y le atravesó el

pecho de parte á parte. Cerca de ochocientos provenzales y calabreses fueron echados al mar para pasto de los pescados, otros tantos quedaron prisioneros, Malta se rindió á las armas de Aragon, y pronto se vió arribar á las playas de Mesina la triunfante escuadra de Roger de Lauria, remolcando los buques enemigos apresados, y llevando abatidas á la proa en señal de derrota las banderas de Anjou y de San Victor de Marsella. Y no contento con esto el bravo almirante siciliano, surca de nuevo los mares con su flota, se interna arrojada y temerariamente en la bahía misma de Nápoles, incendia los buques y almacenes del puerto, y vuelve otra vez triunfante á invernar en Mesina.

Al año siguiente (1284), el hijo del destronado Carlos, príncipe de Salerno, llamado Carlos el Cojo, que no perdonaba medio para realentar en Italia la abatida causa de su padre y restablecer su influencia en Sicilia, armó otra nueva escuadra en que quiso ir él mismo, y en que se embarcaron con él los principales barones y condes del reino. Grande era la confianza que llevaban esta vez, aun sabiendo que tendrían que pelear con el infatigable y temible Roger de Lauria: iban, dice un escritor italiano, como á un festin de boda, y aun dejaron ordenados los festejos con que habian de celebrar el triunfo. No les duró mucho la ilusion del prematuro gozo. El almirante de la flota aragonesa, fingiendo huir, los fué alejando de la costa; cuando ambas armadas se vieron en alta

mar, vuelve proas de improviso la de Aragón, y al grito de ¡Aragón y Sicilia! cae el ejército siciliano-catalán sobre las naves angevinas, y aterra, destroza, inutiliza velas y soldados. Al irse á fondo la galera principal de los de Nápoles, perforada por un marino siciliano, se oyó una voz que dijo. «vuestros somos: ¿hay entre vosotros algun caballero?—Yo lo soy, contestó Roger de Lauria.—Almirante, repuso entonces aquel hombre, pues que la fortuna os ha sido propicia, recibidme á mí y á mis nobles compañeros: soy el príncipe.» Era el príncipe de Salerno, el hijo de Carlos de Anjou. Roger de Lauria le hizo pasar á su galera, junto con otros nobles personáges franceses é italianos. Afirmase que murieron en esta batalla hasta seis mil de entre una y otra armada, y que quedaron prisioneros ocho mil angevinos con cuarenta y cinco de sus galeras. Sabida en Nápoles esta derrota, alborotóse el pueblo gritando: ¡muera Carlos! ¡Viva Roger de Lauria! y por espacio de dos dias se entregó á saquear las casas de los franceses; mas la nobleza se mostró contraria al movimiento popular, y quedó este por entonces sofocado. Cuando el viejo Carlos de Anjou supo el desastre de su hijo y la actitud del pueblo napolitano, partió furioso á Nápoles, arribó á su golfo y en su ciega cólera queria poner fuego á la ciudad. Un tanto templado por la intercesion de los nobles y del legado del papa, espidió un edicto de perdon; pero edicto de perdon, que no creyó infringir

gir ahorcando á mas de ciento y cincuenta napolitanos.

De todas partes llegaban á Carlos noticias funestas. Roger de Lauria enseñoreaba aquellos mares (1), y las poblaciones de ambas Calabrias se levantaban sacudiendo la dominacion del rey de Nápoles y enarbolando la bandera de Sicilia. Tan repetidos desastres y disgustos traian á Carlos devorado de pesadumbre y consumido de enojo y de melancolía, y pasó el resto del año sufriendo padecimientos de cuerpo y de espíritu, que al fin le ocasionaron la muerte, sucumbiendo en Foggia á los principios de 1285 (7 de enero), con tanto sentimiento de los Guelfos como satisfaccion de los Gibelinos, á la edad de 65 años. Carlos de Anjou, gobernando con mas equidad, hubiera podido ser el soberano mas poderoso de Europa, señor de toda Italia, y acaso del imperio de Oriente: su tiránica dominacion le hizo perder la Sicilia, apenas le obedecia ya Nápoles, y con toda la proteccion de Roma y de Francia murió sin gloria y sin poder, desairado y consumido de amargos pesares. A poco tiempo le siguió al sepulcro (29 de marzo) su decidido patrono el papa Martin IV., el gran enemigo y perseguidor de Pedro de Aragón. Este pontífice, perseverante en disponer de la corona

(1) Tan segura contemplaba ya á los musulmanes la isla de los este intrépido marino la Sicilia, Gerbes en los mares de Tunez, que haciendo con su flota una escursion á la costa africana, tomó donde dejó levantada una fortaleza con guarnicion cristiana.

siciliana, había nombrado regente del reino por muerte de Carlos á Roberto, conde de Artois, hasta que el príncipe de Salerno, hijo y heredero de Carlos, prisionero en Mesina, recobrára su libertad.

No pensaban así respecto á este ilustre prisionero las poblaciones sicilianas, que todas pedían fuese condenado á muerte en expiación de la sangre de Conradino, injustamente derramada en un cadalso por su padre. En efecto, Carlos el Cojo fué sentenciado á pena capital, y habíale sido ya intimada la sentencia, que había de ejecutarse un viernes. Pero la reina doña Constanza de Aragon y de Sicilia, impulsada de un sentimiento generoso, *«no permita Dios, dijo, que el día que fué de clemencia y de misericordia para el género humano (aludiendo á la muerte del Redentor), le convierta yo en día de cólera y de venganza. Hagamos ver que si Conradino cayó en manos de bárbaros, el hijo de su verdugo ha caído en manos más cristianas; que viva este desgraciado, puesto que él no ha sido tampoco el culpable...»* Suspendióse, pues, la ejecución del príncipe de Salerno, á quien reclamaba el rey don Pedro desde Cataluña; pero fué retenido allí, por temor de aventurar su persona, que tanto importaba para la conservación de la isla (1).

Dejamos indicado que las cosas del reino de Ara-

(1) Bart. de Neocast.—Giov. Villani.—Giao. Malasp. en sus res-

gon después del desafío de Burdeos habían llevado para el rey don Pedro harto más desfavorable rumbo que las de Sicilia, y así fué. Después de aquel suceso, el sobrino de Carlos de Anjou, Felipe el Atrevido, rey de Francia, que dominaba también entonces en Navarra, ya no tuvo consideración alguna con el aragonés, y dió orden á las tropas francesas para que en unión con los navarros entraran por las fronteras de Aragon, y en su virtud se apoderaron de algunos lugares y fortalezas de este reino. Era la Francia ya una nación poderosa, y el rey don Pedro para conjurar esta tormenta buscó la alianza de Eduardo de Inglaterra por medio del matrimonio de su hijo y heredero don Alfonso con la princesa Leonor, hija del monarca britano. Aceptado estaba ya el consorcio y la alianza por parte del inglés, cuando el papa Martin IV., enemigo irreconciliable del de Aragon, espidió una bula oponiéndose enérgicamente á este enlace y declarándole ilícito y nulo por el parentesco en cuarto grado que entre los dos príncipes mediaba (julio, 1283), y el matrimonio quedó suspendido. Esto no fué sino el anuncio de las grandes adversidades que se preparaban contra el monarca de Aragon.

Para proveer á las cosas de la guerra de Francia había convocado cortes generales de aragoneses en Tarazona. Aquí comenzaron para el rey don Pedro las grandes borrascas que dieron nueva celebridad á

este reinado sobre la que ya le habia dado la ruidosa conquista de Sicilia. Dolfales á los aragoneses verse privados de los divinos oficios y de los sacramentos y bienes de la Iglesia por las terribles censuras que por sentencia pontificia pesaban sobre todo un reino que á ninguno cedia en religiosidad y en fé. Veíanse amenazados de una guerra temible por parte de un monarca vecino que tenia fama de muy poderoso, y contaba con la proteccion decidida de Roma y dominaba en Navarra.

Sentian ver distraidas las fuerzas de mar y tierra del reino en la guerra de Calabria y de Sicilia, y á muchos ni halagaba ni seducia la posesion de un reino lejano, que costaria trabajos y sacrificios conservar, y que por de pronto habia dado ocasion á llevarles la guerra á su propia casa. Disgustábales la política reservada y misteriosa del rey, que por sí y secretamente acometia empresas grandes, acostumbrados como estaban á que los reyes sus mayores no emprendieran cosa ni negocio alguno sin el consejo de sus ricos-hombres y barones. Tenian por cierto que se pensaba en imponerles para las atenciones de la guerra el tributo del bovage, el de la quinta del ganado, y otras cargas é imposiciones á que ya anteriormente se habian opuesto. Quejábanse por último de agravios hechos por el rey á sus fueros, franquicias y libertades. Mostrábase en esto unánime la opinion; y ricos-hombres, infanzones, caballeros, pro-

curadores y pueblo, todos pensaban de la misma manera. Todas estas quejas las expusieron en las córtés de Tarazona (1283), pidiendo que ni en la guerra con Francia ni en otra alguna se procediese sin consulta y acuerdo de los ricos-hombres segun costumbre, y que se les confirmasen sus privilegios, añadiendo que cada dia crecian los desafueros y opresiones que recibian de los oficiales reales, de los recaudadores de las rentas, que eran judíos, y de jueces extranjeros de otras lenguas y naciones, y que pues súbditos agraviados y oprimidos no podian ser buenos vasallos del rey ni servirle con gusto, esperaban pusiese remedio á todo.

Quiso el rey aplazar la contestacion á estas demandas para cuando se desembarazase de la guerra. En su vista uniéronse todos y se juramentaron para la defensa comun de sus fueros, franquezas y libertades; bajo el pacto de que si el rey contra fuero procediese contra alguno de ellos, sin prévia sentencia del Justicia de Aragon y consejo de los ricos-hombres, todos juntos, y cada uno de por sí se defendieran y no estuvieran obligados á tenerle por rey y señor, y recibirian al infante su hijo; y que si éste no les hiciese justicia, tampoco le obedecerian á él ni á ninguno que de él viniese en ningun tiempo. Tal resolucion y arrogancia movió al rey de Aragon á prorogar las córtés para Zaragoza, con promesa de que alli, oidas sus quejas y agravios los enmendaria



y remediaria. En estas córtes (octubre, 1283), se pidió al rey la confirmacion de todos los antiguos privilegios, fueros, cartas de donaciones de los reinos de Aragon, Valencia, Rivagorza y Teruel: que los ricos-hombres, mesnaderos, caballeros, infanzones, ciudadanos y procuradores de las villas fuesen repuestos en la posesion de las cosas de que habian sido despojados desde el tiempo de su abuelo don Pedro II.: que no se hiciesen pesquisas de oficio y sin pedimento de parte: que los jueces fuesen todos naturales del reino: que el rey no pusiese justicias en villa ó lugar que no fuese suyo: que se aboliese el tributo de la quinta; y por último, que se volviese á cada clase del Estado todos los privilegios y preeminencias de que habian gozado antes á fuero de Aragon: en lo cual estaban todos conformes, «teniendo concebido en su ánimo tal opinion, que Aragon no consistia ni en la libertad; siendo una la voluntad de todos, que cuando ella feneciese se acabase el reino (1).» El rey atendida la conformidad y unanimidad que en esto habia, les otorgó y confirmó cuanto le demandaban. Este fué el famoso *Privilegio general de la Union*, base de las libertades civiles de Aragon, tantas veces comparado por los políticos á la *Charta magna* de Inglaterra, y que en realidad mas que un nuevo

(1) Palabras de Zurita, lib. IV. de los Anales, cap. 38.

privilegio era la confirmacion escrita de los que de muy antiguo gozaban ya los aragoneses.

Los valencianos á su vez reclamaron ser juzgados á fuero de Aragon, con arreglo á un privilegio de don Jaime el Conquistador; y don Pedro, puesto ya en el camino de las concesiones, accedió igualmente á su demanda. Mas como luego fuese á Valencia á activar los preparativos de la guerra, y mientras los aragoneses reunidos en la iglesia mayor de San Salvador ratificaban el juramento de Tarazona, y se obligaban á la union con mútuos rehenes y nombraban conservadores del reino, y establecian ordenanzas y procedimientos contra los transgresores, el rey don Pedro buscaba en Valencia un apoyo contra Aragon, y con amenazas obligó á los valencianos á que desecharan el fuero aragonés, y se rigieran por fuero particular de Valencia, pregonándose públicamente por la ciudad que quien no quisiese vivir bajo aquellas leyes saliese del reino en el término de diez dias y bajo la pena de la vida y de la hacienda.

Prometíase el rey don Pedro y esperaba hallar mas propicios ó menos exigentes á los catalanes, sus mas activos auxiliares y sus mas fieles servidores en la empresa de Sicilia y en la guerra de la Pulla y la Calabria. Mas como en las córtes que seguidamente tuvo en Barcelona le presentasen tambien algunas quejas de agravios (enero, 1284), apresuróse á confirmarles todos los usages, privilegios y fueros que tenian de los